

COLECCIÓN
EXTRAÑAMIENTO

ABISMO Y PASEO

SANTIAGO VENTURINI
CECILIA MOSCOVICH
ESTANISLAO GIMÉNEZ CORTE
MARI HECHIM
ANALÍA GIORDANINO
MARIANO PAGÉS
FERNANDO CALLERO
LARISA CUMIN
FRANCISCO BITAR

PRÓLOGO: MERCEDES BISORDI



VERA editorial cartonera

ABISMO Y PASEO



EXTRAÑAMIENTO

La ficción entre las noticias

ABISMO Y PASEO

COLECCIÓN
EXTRAÑAMIENTO

SANTIAGO VENTURINI
CECILIA MOSCOVICH
ESTANISLAO GIMÉNEZ CORTE
MARI HECHIM
ANALÍA GIORDANINO
MARIANO PAGÉS
FERNANDO CALLERO
LARISA CUMIN
FRANCISCO BITAR

PRÓLOGO: MERCEDES BISORDI



VERA editorial cartonera

COLECCIÓN **EXTRAÑAMIENTO**

dirigida por Federico Coutaz

Abismo y paseo / Santiago Venturini... [et al.];
compilado por Federico Coutaz; prólogo de
Mercedes Bisordi. —1a ed revisada.— Santa Fe:
Universidad Nacional del Litoral, 2020.

Libro digital, PDF/A – (Vera Cartonera /
Extrañamiento) Archivo Digital: descarga y online.

ISBN 978-987-692-240-1

1. Literatura Argentina. 2. Crónicas. 3. Narrativa
Argentina. I. Venturini, Santiago. II. Coutaz,
Federico, comp. III. Bisordi, Mercedes, prolog.
CDD A863

© Bitar, Callero, Cumin, Giménez Corte, Giordanino,
Hechim, Moscovich, Pagés, Venturini, 2020.

© del prólogo: Bisordi, 2020.

© de la editorial: Vera cartonera, 2020.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento-NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional

V

VERA editorial cartonera. Centro de Investigaciones
Teórico–Literarias de la Facultad de Humanidades
y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral.
Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales
IHUCSO Litoral (UNL/Conicet). Programa Promoción
de la Lectura Ediciones UNL.



Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Corrección editorial: Laura Kiener

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya
y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral
(www.huertatipografica.com).

PRÓLOGO

UN PASEO POR ÁVALON

MERCEDES BISORDI

La ficción aparece entre las noticias
como un paseo.

Los textos literarios aquí reunidos trazan el mapa de una ciudad: los clubes de barrio y las clases de natación del verano. La intemperie de la playa y el minucioso recorrido, las manos de un pianista en el teatro. El paisaje que dejan dibujado los amigos que se van. Los fantasmas que oscurecen el interior de las casas y la vida de sus ocupantes. Alumnos que cruzan a las profesoras en los bares. La muerte que acecha cerca de los terraplenes.

El ritmo de la prosa corresponde al ritmo del paseo demorado. No hay apuro. No son necesarias las precisiones que exige la prensa.

Aquí la lectura de estos textos no supone, como dice Carlos Skliar en *La inútil lectura*: «Ni utilidad, ni provecho, entonces: leer no es obtener ni poseer algún valor material; no es un medio a la espera de una finalidad de usufructo. Leer, leer literatura, leer ficción es, en este sentido, un gesto de contra-época: perder un tiempo que no se posee, estar a la deriva, transitar por un sendero estrecho lleno de encrucijadas, deambular entre metáforas y desnudar o hacer evidente la imagen irritante —por rebelde, por desobediente— de un cuerpo que no está haciendo nada, nada productivo, delante de la mirada ansiosa y vertiginosa de un tiempo acelerado».

Leer es detenerse a contemplar un pliegue. Ver que las capas de los recuerdos se superponen.

La lectura de estos textos se asemeja a un paseo por Ávalon —esa ciudad de la mitología celta que, se cree, se superpone a la otra ciudad, en este caso, a la que es narrada por las noticias—. Ambas coexisten, aunque solo una contenga la promesa de la eternidad.

La vigencia de un periódico o una revista se vuelve efímera y la lectura de ficción, ese paseo, ese irse por ahí sin rumbo fijo, es lo que persiste.

En ese despliegue del mapa de la memoria, el paseo cobra su sentido.

Referencias:

SKLIAR, CARLOS (2019). *La inútil lectura*.
Buenos Aires: Waldhuter – Mármara Edita.



FOTOGRAFÍA: ESTEFANÍA ROTMAN

CLUB

SANTIAGO VENTURINI

Desde hace un par de años, nado en la pileta de un club que está cerca de mi casa. Ya estoy acostumbrado: entro como si nada, me desnudo en los vestuarios sin pudor, y puedo sostener un diálogo corto con los guardavidas sobre el clima o alguna noticia importante.

En el ecosistema de cualquier club hay diferentes especies: viejas tomadoras de sol, con pareos de colores, arrugadas pero más negras que cualquiera; deportistas de todas las edades que necesitan agitarse y transpirar para sobrevivir; personas con algún problema físico que durante dos horas vuelven a estar sanos en el líquido amniótico del agua; nadadores profesionales que cortan la superficie cristalina mientras los otros, los amateur, le pegan sin técnica al agua con cloro; charladores compulsivos que van al club para no estar solos en sus comedores o cocinas, y chicos, muchos chicos chillando de relleno.

Yo nunca fui como esos chicos que van al club desde los cinco años, que meriendan en cualquier lado antes de entrar a una clase de básquet o de vóley, y que cuando se hace de noche esperan bañados a sus papás en la puerta, riéndose con sus amigos. Crecen en ese lugar, y algunos días pasan más horas ahí que en su casa. Son sociales y aprenden rápido el significado de palabras como «sociedad» o «comunitario».

Cuando yo tenía su edad, no experimenté la vida de club salvo por un par de veranos. Era muy chico cuando tuve que padecer la colonia de vacaciones del Camping Policial, que era gratis porque mi mamá era Policía. Nos despertaban a las seis y media, y una hora después estábamos pataleando en el agua helada, agarrados al borde y todavía con lagañas, en una sincronía perfecta. Después nos tocaba correr, y a media mañana teníamos un rato largo para jugar, en el que podíamos ser libres. Uno de esos días, nos sacaron una foto a todos al lado de la pileta, para mostrarle a nuestros padres lo felices que éramos (en la imagen hay una compañerita que desmiente esa felicidad). En ese camping había un kiosco, y decían que la hija más chica de los dueños se había muerto cuando estaba tomando agua de la manguera, por haberse tragado una viborita. Durante mucho tiempo me aterró esa imagen, me imaginaba ese bicho comiéndole los órganos, hasta que crecí y supe que era una mentira ridícula.

Años después de esa colonia, mi papá nos pagó, a mi hermana y a mí, la temporada en el Club Atlético Almagro, a una cuadra de la casa de mi abuela. Llegué una mañana, con un carnet nuevo y un toallón en el bolso. La pileta me impresionó: era demasiado grande, y eso que yo ya había visto varias. Mi hermana dejó de ir pronto, así que yo pasaba algunas horas haciendo una coreografía improvisada en ese rectángulo gigante, o jugando a aguantar la respiración bajo el agua. Nadaba uniendo las piernas, como si fuera un pez. Me costaba hacer amigos, y los otros chicos que entraban al club de la misma forma en que entraban al baño de sus casas, me veían como una cosa rara. No pasó mucho tiempo hasta que me empezaron a decir maricón, sobre todo por mi acercamiento a un grupito de nenas nadadoras. Un día, cuando caminaba con un hambre voraz esa cuadra que separaba el club de la casa de mi abuela, uno de esos chicos me siguió y me arrinconó en una esquina. No había nadie en la calle. Era la hora de la siesta, el sol ablandaba la brea del pavimento. Y ese chico, que era más grande que los otros, se sacó la remera, la estiró, y la usó como un látigo para darme unos golpes secos mientras me insultaba. Yo podría haber llorado, y otras veces lo había hecho, pero me estaba quemando la planta de los pies con la vereda caliente, y esa sensación

era más dolorosa. Esos golpes eran como una especie de castigo por haber intentado tener la vida convencional de los varones. Y creo que entendí pronto, porque después de ese verano no pisé nunca más ese club ni ningún otro. Hasta hoy, que ya soy un adulto más al que los chicos crueles le dicen «señor».

Pausa, «Resonancia Magnética»,

2 de febrero de 2016.

WILLIAMS

CECILIA MOSCOVICH

Williams tenía una academia de natación en la pelopincho del patio de su casa. Casi todos los chicos del barrio habíamos aprendido a nadar ahí. Su lema era: «Enseñarle a nadar, es el mejor regalo que usted puede hacer a su hijo». Esa frase, impresa en los volantes que Flavia repartía al comenzar la temporada, a mí me parecía sabia.

Williams era un nombre raro, como importado. Pero el papá de Flavia no se podría haber llamado Marcelo, o Raúl. Todo él era altisonante, y se merecía un nombre a medida.

Tenía una historia que deslumbraba a todos los chicos del barrio, que hasta opacaba a la del papá de María, que había sido cura. Williams había sido campeón sudamericano de jabalina. En el cuartito del fondo guardaba unas jabalinas viejas y los trofeos que había ganado en su pasado olímpico. Lo mejor de todo era el álbum con las fotos de los viajes que había hecho con sus competencias. Había unas postales de Tahití en las que aparecían unas mujeres en tetas con unas polleras a lo hawaiano entrando en el mar. Un mar turquesa, transparente, increíble. Pero a nosotras el mar transparente no nos llamaba la atención. Nos fascinaban las tetas.

En las fotos aparecía un Williams joven, aunque con la misma cara de inconsciente que seguía teniendo de grande. En casi todas estaba rodeado de mujeres. Williams tenía una sonrisa como si además de ser campeón de jabalina, fuera campeón de todo lo demás.

La prueba final de la Academia Williams se rendía en el Espigón. Hacia el final del verano, Flavia y yo acompañábamos al pelotón de nenitos asustados a darse el baño triunfal en aguas abiertas.

Lo de Williams no era la pedagogía; si algún crío tenía miedo, le gritaba y lo empujaba en lo hondo: a la criatura no le quedaba otra que patalear y bracear desesperada, y así, al fin y al cabo, se daba cuenta de que había aprendido a nadar.

Williams era como un superhéroe loco. Alto, fibroso, imponente, con esa sonrisa de inconsciente, parecía el bañero de la playa. Las mujeres solteras o separadas entradas en años se perdían por él, y él siempre andaba haciendo demostraciones de fuerza o de lanzamiento de cosas.

Una tarde que estábamos con el pelotón de nenitos, a Williams lo picó una raya. Él echó una puteada y nada más. Pero todos le habíamos visto la herida y estábamos horrorizados. Le salía mucha sangre, los nenes se pusieron a llorar y gritar. Le había quedado, arriba del tobillo, como una tapita de carne que hacía flipflap, y abajo tenía un hueco del tamaño de un dedo gordo.

—¡No es nada! —gritó enojado Williams, y se arrancó aquel pedazo de carne como nosotros nos arrancaríamos una cascarita.

Los chicos volvieron todos llorando. Varias veces aparecía en lo de Williams algún padre o madre para hablar de estas cuestiones; los nenes volvían a menudo impresionados. Pero yo no sé cómo los convenía Williams, porque después no pasaba nada. Yo me imaginaba que les decía alguna frase tan sabia como aquella de que el mejor regalo para hacerle a un hijo era que aprenda a nadar; alguna frase relacionada con la supervivencia y la necesidad de hacerse fuerte, quién sabe.

Todos los veranos en lo de Flavia se daba lugar al ritual de armar la estructura de caños y lona de la pelopincho donde los chicos aprendían a nadar. Para mí era fascinante. Tenía algo de lo que se debe sentir al ver cómo se arma un circo: ese aire de preparativo, de inauguración que se aproxima, de que la gente ya va a ir llegando.

La gente empezaba a llegar un mes antes, a inscribirse. Williams anotaba los datos en una libreta como la que usaba para la cuenta del almacén.

El día de inicio de clases llegaban los chicos de la mano de sus mamás o papás, con sus mallitas y chancletas y el bolsito con la toalla. Daba pena verlos tan desvaliditos. Y Williams que era enorme, les debe haber dado un miedo tremendo.

La mayoría de las veces los neños no querían meter la cabeza en el agua. Lloraban a moco tendido, la llamaban a la madre que no estaba. Williams no se andaba con muchos miramientos. Se tenían que meter al agua sí o sí. El método de la Academia Williams tenía algo de militar, en el trato y la eficacia. Él casi nunca se metía a la pileta con los chicos; dirigía desde afuera.

A veces los neños se meaban en el agua. Williams se enteraba porque siempre alguno de los otros delataba al meón, quien era sacado a puro zamarreo de la pileta y luego suspendido por unas clases.

La pelopincho estaba en la parte del patio que era de losa; al costado había un rectángulo de tierra con algo de pasto, unos arbustos y un árbol de mamones. Más allá estaba el Reino Vedado Para Los Alumnos, al que sólo accedíamos Flavia, yo y nuestros hermanos. Para entrar había que empujar un portón altísimo de tejido metálico negro. En ese sector estaba el cuartito con los trofeos y jabalinas, el lavadero y cuarto de herramientas y, al fondo, el tapial que separaba la casa de Flavia de la mía.

Con Flavia nos cruzábamos de una casa a la otra por el tapial; era innecesario y estúpido dar toda la vuelta manzana para encontrarnos. En vano mi mamá todos esos años intentó que le creciera el jazmín del país en esa pared: día a día con Flavia se lo pisoteábamos.

La Academia Williams duró muchos años, casi tantos como nuestra infancia. Imposible recordar cuál fue el primer año que ya no hubo más Academia, ni cuál fue la razón. Probablemente durante el menemismo ya no estaba bien vista una escuela de natación en una pelopincho.

Williams siguió haciendo de las suyas. Y la pelopincho, de todos modos, se siguió armando: la usaba Flavia, su hermano y los primos. Nunca voy a olvidarme de esa pileta: armarla era desembalar el verano y todas sus cosas lindas. La playa, la laguna, las tardes eternas. Desarmarla en cambio no tenía ni pena ni gloria. Se lo hacía con el

mismo aire apurado y de ocupación seria y mecánica que impregnaba todas las tareas en el mes del comienzo de las clases. Pero si pudiera ver ahora cómo desarmaban la pelopincho, me detendría a mirarlo minuciosamente. El deslizarse de los caños fuera de los compartimientos de la lona, el entrechocar de los metales, el apilarse de los esquineros, el frotar de la escoba sacando el moho, los arabescos de la lona plegándose cara adentro, yéndose a dormir con el verano.

Pausa, «Isla ciudad»,
15 de noviembre de 2016.

VARIACIONES A PROPÓSITO

ESTANISLAO GIMÉNEZ CORTE

El pulso de la mano vibra antes de caer sobre la tecla negra; vibra en la mano el pulso; vibra en la mano que, oscura de gravedad, de grave oscuridad la fisonomía intangible de abstracta existencia, busca el grave sonido con arrojo de suicida; busca el grave sonido y sigue la órbita de su búsqueda sobre las largas, blancas, luminosas teclas que, a la derecha, límpidas, finas, sutiles, despiden ondas, bruscos golpes agudos; y vuelven, las manos, el pulso, a caer sobre.

Suspendidas en el aire, las manos, suspendido el pulso, en el aire, van a caer sobre el instrumento, con excitados nervios, sobre las negras teclas, oscuras, graves, sobre las dulces, luminosas, blancas, largas teclas; sobre ellas caen las extremidades, el pulso, el ansia de percutirlo todo, aquí y allá, como extirpar a mil demonios; una y otra vez, cíclicamente y a raptos, vuelven las manos, el ritmo, el pulso, a golpes en la piedra del pentagrama, para que suceda el arte; y vuelven a caer para.

El pulso acompaña la caída, acompasadamente lo acompaña, al pulso, al de las extremidades, sobre la materia que simula marfil blanquecino, o de mortuorio negro y, después de la colisión, toma aire, en el aire, y cae, para despedir a los lados las vibraciones que afectan las cortinas del teatro, a los lados las cortinas, y se hacen mínima brisa en las pestañas de los sujetos de las primeras filas y oxígeno para los del palco, que no perciben su vibración sino como vientito que trae la maravilla de lo audible.

Las negras se hunden en la espesura; en la oscuridad del teatro sólo se ven las agudas notas al final del crescendo; las notas lentas caen antes de la quinta fila, o antes, caen; los exorbitantes arpeggios de pulgares e índices sobre el extremo derecho del piano, rápidas, fugaces, sí escalan las dos bandejas del recinto, y trepan, y salen de los techos para llegar a los vecinos como tímida sonoridad, como de lejos venida, como del recuerdo venida esa sonoridad, y es, a pesar de, envolvente sugerencia, embriagador instante que pasa lo mismo que una luz armónica, que un destello, que un *déjà vu*.

Negras y blancas sacan de sí lo que el pulso les saca, las saca de sí el pulso que las imprime; en la operación, las manos, el pulso, siguen la letra del que escribió lo que se escucha pero lo rehacen: ponen acentos aquí o allá, aceleran los recorridos, forjan los golpes y lanzan todo alrededor lo que tiene dentro de sí el músico, lo que es él, lo que tiene para dar; da todo, y después, cae el músico, cae, con mínimo pulso, sobre el instrumento porque.

El Litoral, «Anotaciones al margen»,
28 de junio de 2009.

LAS SEPARACIONES Y LOS FANTASMAS

ANALÍA GIORDANINO

Dicen (lo cual no es improbable) que las separaciones son una forma rápida de adelgazar, que todos tenemos un lado oculto y que el psicoanálisis es una forma de la literatura fantástica.

Cuando uno duerme en el living quiere decir que la habitación cerrada que se usa circunstancialmente para cambiarse o guardar la ropa y que tiene una cama de dos plazas es un lugar en el cual se encierra algo. Eso me dijo mi analista, al menos. Yo le dije que sí, que encerraba algo, pero no le dije qué, porque me dio mucha vergüenza. «Fantasmas» dije, haciéndome la interesante, y él asintió sabiamente y anotó en su libreta. Yo le dije la verdad, pero él no lo sabe. Cree que hablo con metáforas, lo cual sí es verdad, pero no siempre. Él no olvidó cumplir su rol y me preguntó atinadamente qué tipo de fantasmas había allí en la habitación, pero yo insistí en no decírselo haciéndome otra vez la interesante y contesté con un «No los puedo nominar todavía», respuesta que al parecer lo dejó satisfecho. Él no es tonto, por supuesto, es analista, y sabe que a veces insisto en no decir algunas cosas así que me deja por un tiempo, del mismo modo en que yo me dejo insistir en dejar la puerta cerrada (aunque él me recomendó abrirla para que los fantasmas puedan irse, también me sigue el juego con el tema metafórico).

Claro, a veces se deben ahogar ahí, pobrecitos, yo todo el día afuera y la pieza sin ventilar. No es que hayan tomado la casa como en el cuento de Julio, no me mudé por eso al living, no. Dos cosas creo yo

a esta altura: que a los más chicos les convino quedarse allí de día (yo no estoy porque trabajo) y salir de noche cuando llego a casa, que es el momento en el cual todo fantasma que se precie, sale. Por eso no los veo casi nunca. Lo segundo que creo es que me quedo en el living porque tengo el televisor ahí.

Fragmento de «Fantasmas», *Página / 12*,
23 de enero de 2008.

MARTITA

MARI HECHIM

A Nieva lo veo cada muerte de obispo, aunque siempre es fiesta, y estuvimos juntos anoche. Le dije lo que siempre le digo a Juan: cuando veas que lo que escribo se vuelve horrible, me decís. No quiero ser una vieja estúpida que escribe en una revista de jóvenes porque sí, porque ellos me aprecian, tienen cierto cariño hacia mí; años de quererse, bah. Pero estoy en una edad en que me pasa lo que nunca, mirá: hay cosas que me dan miedo. A esta altura mi pensamiento va más lento que de costumbre, que nunca fue, precisamente, un corredor de fondo. Así que, a fuerza de sufrir las cachetadas de realidad que me propinan mis seres queridos más jóvenes, he tenido que aprender cosas básicas como «feminismo». Y tampoco es que he aprendido, ah, cuántas cosas. Hay misterios de la vida que nunca vamos a entender y, en el devenir de esta última frase se me aparece una que siempre está latiendo aquí adentro: las cosas son como son. Y si algo sé de mí es que cuando no esté, alguien va a decir lo justo y lo preciso: era una persona afectuosa. Por lo menos, es lo que me gustaría.

Aunque sé que no soy una buena escritora, y esa certeza no me va a impedir seguir escribiendo por ahora, acepto, entonces, este destino tan pegado a los libros que siempre me deja perpleja, con relativa tranquilidad. Pero hoy esa certidumbre me molesta, porque querría escribir algo como «Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejía». Querría escribir una elegía profunda, que pueda transmitir ese

total de sentimientos que experimento en el cuerpo pensando en la pérdida de Martita Torti. Me gustaría ser capaz de poner en palabras qué fue para mí su presencia tenue y poderosa en un momento de mi vida en que sólo aspiraba a la libertad y al amor.

Me gusta conversar de lo que sea. Ahí te sentás frente a frente a una amistad, a un amor, a un conocido y fácil me resulta cruzar ideas, pensamientos, tonterías sobre casi cualquier tema que no sea boxeo o espíritu. Juan hace el asado y se acerca Nieva y capaz que cambiamos palabras sobre la fuerza de gravedad y hago un comentario sobre una película sobre Einstein y cómo modifica la concepción de Newton y todos sabemos que no tengo conocimientos sobre este punto pero es mi costumbre hablar de cosas curiosas que me impresionan y todos sabemos que sólo significa estar juntos al lado del fuego y sentir ese calor.

Con Martita —Martincito, le decía a veces y ella a veces me decía Negro— no había grandes charlas. Era esa proximidad de vivir en la misma casa, tener veinte años y cruzarse en la cocina, en el patio, en el baño —nos juntábamos muchas veces en el baño y, mientras una se pintaba los ojos, otra se bañaba y otra se sentaba sobre la tapa del inodoro y pasábamos revista a todas las cosas excitantes, divertidas o pavotas que hacemos las mujeres a esa edad. Era, decía, estar cerca y reconocerse. Yo me levantaba tarde, como siempre, y aparecía en la cocina mientras ella preparaba unos zapallitos antes de salir al trabajo, y nos sonreíamos, y me decía con esa voz pequeña: «¿Agrego un par de huevos, Mari?», porque a veces no iba al comedor universitario.

Al contrario de Estela —las hermanas siempre nos contraríamos— que era pura pasión, toda oleaje y turbulencia, Martincito era como un lago en calma. Siempre juntas, las hermanas se iluminaban mutuamente en un juego de contrastes coincidentes en la generosidad.

Es que en esa casa todo se compartía. Era una auténtica casa solidaria y comunista; hoy se puede decir que practicábamos una sororidad *avant la lettre*. Colonia La Franco de un litro para todo el mundo. Ahí salíamos con el mismo aroma, «con notas de azahar, rosas y pachuli»: tanto las chicas (Cheli, Susana, Marta, Estela, Laura, yo) como los chicos (el Turco, Oscar, Carlitos) y un montón de otrxs

que no eran parte del elenco pero muy cercanos a algunx. Martita era una de las tres que tenían trabajo estable. Susana y Estela, las otras dos. Y con lo poco que aportábamos las otras tres, íbamos tirando en tiempos en que comprar libros, ir al cine y tomar vino era cosa de todos los días.

Yo usaba fervorosamente su bicicleta. La adoraba. Y cuando entraba a la casa llevándola de los manubrios, a veces me decía: «Mari, me prestarías mi bicicleta?». Y acentuaba la palabra «mi» con suave ironía. Que yo recuerde, jamás hubo ninguna agresión, ninguna amargura, ninguna incomprensión.

Y se murió como ella era, la semana pasada. Con la misma serenidad. En un día, de golpe, sin quejarse, como se cae un árbol gigante en la tormenta.

Todo el amor. Todo el dolor.

Pausa, «Otro yo mismo»,
21 de julio de 2018.

EL TERRAPLÉN

MARIANO PAGÉS

El Pablito es indómito, silvestre como los cardos y tosco como los aromitos; tiene espinas por donde se lo mire, y le gusta echarse boca arriba, en el terraplén, con la panza al aire, para que lo acribillen las estrellas. Al Pablito le gusta ver salir la luna, cuando el sol se oculta, y aguarda, agazapado, para que no lo vean, que lo alumbre, la luna redonda y lechosa. Al Pablito le gusta chorrearse de luna, como su madre, de quien tiene un recuerdo borroso, doloroso.

El Pablito espera, ansioso, que se ponga el sol, para poder salir del bañito roñoso, y con pasito presuroso, enfilear para la defensa; aunque en el trayecto dé con la partida, o el vecino. Al Pablito no lo amilana la partida, y lleva, empavonado, el veintidós, envuelto en papel.

Es empinado el talud hasta la orilla, y en la pendiente le gusta rodar, en cueros, con más cicatrices que el Cuerudo. Gira y gira, y sus ojos, bien abiertos, avistan la luna y las estrellas, y también el empedrado escarpado que le imprime en el cuero, nuevas cicatrices. Se zambulle en el agua marrón y abre y cierra las manos para tocar los sabalitos de los márgenes del río, y entre los camalotes anda el Pablito, ganoso de internarse en el río y perderse en la corriente. Fija la mirada en el albardón más próximo a la costa y divisa, entre la espesura cerrada, a los duendes, que no caminan, que no corren, vuelan, un vuelo bajito, como al ras del suelo, y se apura a salir del río, empapado, y se recuesta, sobre el embaldosado, para meterse la isla por los ojos, y con la isla, los duendes.

Las estrellas le sacuden el cuero y la luna se le derrama encima, calado y bruñido queda el Pablito. La isla, fantasmal, lo llama con un grito silencioso, y el Pablito se deja embrujar, pero primero hay que atravesar el albardón. A canoa o a nado, se debate el Pablito; la canoa, hundida de agua, como exiliada del río, no sirve, y el pulmón que se desinfla, no le auguran un buen destino. Entonces el Pablito piensa en la mujer del tío, y la desea, aunque ella no lo quiera; la quiere pisar, como el gallo a las gallinas. Se la imagina en el catre, a la china, envuelta en camalotes, y en pelotas. Unos huevos de rana, rosados, lo distraen y lo devuelven al río y del río vuelven a brotar los recuerdos, de la mano del sueño. Y el Pablito dormita, recostado en la pendiente, y en el sueño aparecen el loco de la esquina, el vecino, la partida y la mujer del tío, perdida entre las piernas del Pablito. Sueña el Pablito, y en ese sueño se confunden la mujer del tío y el vecino, la partida y el loco de la esquina. Y también relucen los cuchillos en el sueño del Pablito, el acero filoso que espeja la luna y la tiñe de sangre. Sueña que sueña el Pablito y la china se desnuda, y el vecino que le afila.

Lo olfatea el perro del tío, en la pendiente del terraplén; lo saca del ensueño y el Pablito despierta. Y al despertar ve la luna, y las estrellas, y los camalotes y el albardón, y el río, amarronado, como el cuero. Y en cueros, así como está, vuelve al bañito, a seguir soñando, con la partida, con el vecino, con la china y con el loco de la esquina.

Enfila para el bañito, atento y agazapado, escondiéndose de las primeras luces que trae consigo el alba; ni bien empieza a clarear se va fondeando el Pablito. Desanda el camino el Pablito, el que lo trajo hasta el río, cual refucilo regresa a la madriguera apestosa.

Y con prisa vuelve al bañito, urgido de no ser visto ni oído, que nadie sepa de él, sólo la abuela y el tío. La nuca se le ilumina en el recorrido todavía oscuro y piensa, por ignorancia, por no escuchar a los mayores, que ésa ha de ser la luz mala. A la luz, fugitiva, la acompañan los ruidos que el Pablito conoce, los motores en marcha del destacamento que lo busca. Se retira del camino y se echa cuerpo a tierra en el bañado y con una oreja pegada al piso sondea la situación; las ruedas de la patrulla rompen los terrones del camino y prosiguen el viaje.

Aliviado, reanuda el regreso sin gloria; vio las estrellas, vio la luna y el río. Lo esperan, el vecino y el loco de la esquina, apostados. El loco, en la esquina, el vecino, en la guarida. Se percata el Pablito y demora la vuelta, se oculta en el Falcon y en lontananza distingue erguido al vecino, próximo a la puerta del bañito. Aguanta y aguanta, fondeado en el Falcon, que ceda el capricho de tan buen vecino. El loco en la esquina, grita que grita, y en una de esas al Pablito a pelear invita, en cambio el vecino, que tanto trajina, buscando al Pablito, se llama al silencio, y callado lo espera. La muerte le aguarda, paciente en la esquina, y el Pablito, ágil, la esquiva y la esquiva.

El Litoral, «Artes y Letras»,
5 de noviembre de 2015.

DOMINGO 1º DE FEBRERO

FERNANDO CALLERO

Estamos fumando en el terraplén de la vía, al fondo de la playa de Santo Tomé. Es de noche. Del lado del Chaparral aparecen unas caras, reconozco un naricita respingada. «¿Sos el Rodri?». «No», me dice, y atrás vienen otros y cuando nos damos vuelta vemos que estamos rodeados. «Amigo, tengo el cuello quebrado, si me tocás me matás», y les muestro la cuellera ortopédica. «No tenemos ni teléfono, vinimos acá a quemar uno». «Bueno, vamos», me dicen. Cuando me están subiendo al auto veo que a mi compañero lo están moliendo a piñas. Subo a la parte de atrás de un Falcon con otros pibes y pibas. Mido con cautela mis reacciones porque al primer golpe sé que paso al otro lado. Pero su plan, si es que lo tienen, es muy vago. Descarto la idea de un rapto porque no tiene sentido. Más bien parece que me quieren llevar de gira con ellos, para divertirse o no sé bien para qué. Yo trato de pilotearla contestando bien, tomando las drogas que me ofrecen aunque lo único que tengo en mi cabeza es si mi compañero estará vivo, si se habrán cobrado con él alguna bronca o si, como es probable, las cosas se van dando caprichosamente, porque tienen una locura tremenda y no saben en qué quemarla.

Nos metemos en el barrio a comprar coca. En una casita de alto nos dicen que no hay. En el cielo ya hay luz, deben ser como las 5. Una piba que va al lado mío se asoma a la ventanilla y grita: «Qué no va a haber, ¡si allá arriba tenés todo!» Después se acomoda y entran los dos que bajaron. Debemos ser como siete adentro del Falcon. Para

cuando paramos en otra casa la luz del sol ya se instaló a pleno, en la puerta hay varios pendejos amanecidos con la música al palo. Yo estoy re puesto y no me importa nada. Me manejo como si fuera parte de la caravana. Adentro pican una tiza blanca con el corazón amarillo, bien aceitoso. Cada uno levanta con lo que tiene a mano. Aparecen dos guachos haciéndose los piolas con una escopeta tumbera. No la pueden hacer funcionar. Se las arrebato y les muestro cómo se pincha el cartucho, dale con toda. Y arranco de un tiro un pedazo de pared. Se quedan todos de cara, no saben si matarme o respetarme. Me respetan. Nos metemos en el Falcon con una bolsa de tiza picada y salimos del Chaparral. Les indico mi casa. Me llevan hasta la puerta y arrancan ya más aplacados. Creo que se van para sus casas. Pero quedó una bolsa llena, pienso mientras subo al departamento. No vaya a ser que mañana me pasen a buscar.

Pausa, «Médula»,

21 de noviembre de 2015.

IMAGINATE

LARISA CUMIN

Atravesando las arcadas del hermoso edificio normalista y leyendo el segundo mandamiento antes de subir al aula: Maestro al alumno siempre el ejemplo. De atrás una portera chis-ta, pregunta a los gritos Nena adónde vas, hacés un esfuerzo para visualizarte a vos misma desde atrás, mochila, zapatillas, apenas su-perás el metro y medio, te das vueltas y aclarás: Soy la profe y seguís subiendo.

Estando en plena explicación, una mano desde un banco se levanta e interrumpe para enunciar en tono reprobatorio la siguiente pregunta: ¿Profe, puede ser que usted vaya a La Llave Que No?, porque ahí voy yo.

Un viernes 20:30 en una sala de profesores completita, invierno crudo, afuera el tendido público quedó sin luz por la tormenta de la tarde, te sonás la nariz y mirás a tu alrededor, pensás en Perlongher: hay cadáveres. Una fue igual con bronquitis, otro tomó té Vick para mitigar los síntomas de la gripe pero igual no tiene voz, aquella cuenta que desde que se esguinzó el tobillo le cuesta subir las escaleras, pero ahí está como vos en el primer piso.

Volviendo al médico dos días después con fiebre para pedirle que llene otro formulario de licencia, porque sólo te dan tres días por la bronquitis que te pescaste y no se te pasa.

Yendo a una marcha docente en diciembre vistiendo jean y remera manga corta cuello redondo cerrado, a tu alrededor todos visten igual

y se amuchan bajo la sombra de un fresno, los volantes son unos abanicos perfectos.

Rascándote la panza en una reposera a pleno sol y vacaciones cuando un par de miradas ineludibles acompañadas de risitas te recuerdan que no importa si es enero, si es un camping, seguís siendo la profe. Y te sentís la profe más ridícula del mundo como en esos sueños en que vas a dar clases en pantuflas.

¡Oh tablitas burocráticas que ordenan para cada patología un número de días de reposo estandarizado, igualando cuerpos y sujetos para que todo encaje en el recorte!

¡Oh colegas que van a dar clases bregando que el trabajo es lo primero, que el trabajo dignifica, critican al que en buena ley pidió licencia y lo comparan con ustedes: mártires hechos perchas desparrramando virus y poniendo el cuerpo cuando piensan (vaya dignidad) que el cuerpo es lo de menos!

¡Oh alumnos que marcan territorio meando la puerta de los bares a los que una iba! ¡Oh alumnos que garabatean con fervor indeleble chotos en toda pared y banco posible y luego se asustan cuando leen verga en El Matadero! ¡Oh alumnos del primer banco que preguntan si tenemos marido, y un no como respuesta les hace revolear los ojos! No sé quién les hizo creer semejantes barbaridades, es hora de que lo sepan, Papá Noel no existe, las princesas se tiran pedos, la literatura no enseña moral, las Barbies no tienen ombligo, los ejemplos no cogen, las profes sí.

Pausa, «Ladelengua»,
14 de octubre de 2016.

LA CASA DE MI PERÍODO OSCURO

FRANCISCO BITAR

(A Julián Bejarano y Fernando Callero)

En 2004 yo tenía 23 años y mi vida se caía a pedazos. Literalmente. Que una vida se venga abajo comporta una serie larga de pequeños derrumbes, y si bien siempre es interesante escuchar cómo alguien perdió el control y se fue de pista, suele ocurrir también que la lista confunde y a la larga aburre al auditorio, cuando no al propio disertante. Literatura del yo que le dicen, la que, al menos en mi práctica, siempre significó un problema de método más que una solución de espontaneidad. Es que ese yo con el que otros hacen literatura, a mí siempre se me hizo escurridizo, imposible de circunscribir en sus rasgos a una narración sino a condición de ser otro, es decir, a condición de un personaje.

Pero me invitaron a hablar de mi trabajo, de cómo me hice escritor, quizá con la esperanza secreta de los docentes anfitriones de que haya un aspirante al puesto entre todos ustedes. Al parecer, los escritores gozan todavía de cierto prestigio, el suficiente al menos como para suspender las clases y convocarnos a ustedes y a mí en un hermoso auditorio como éste con el sólo propósito de parlotear. Aprovechemos, porque les advierto que su imagen, la del escritor, hace rato viene en baja y no falta mucho para que a nadie le importe lo que piensa. Mejor para el escritor, en ese caso.

La cuestión es que, para poner manos en ello, para hablar de «mi experiencia» como escritor, es inevitable establecer ciertas coordenadas. Por eso es que tendrán que disculparme: me veo obligado a

mencionar algunos episodios de aquella época difícil. En fin, mis padres se habían separado y a mí tampoco me iba muy bien con mi novia o exnovia de entonces. Mi hermano, que hubiera podido apagar o reducir alguno de los tantos focos de incendio, estaba lejos, en Córdoba, y, para rematarla, yo tenía el peor trabajo del mundo y hacía un año que no rendía una materia, ni mal ni mucho menos bien, en la facultad.

Se puede decir que tampoco existía un lugar adonde descansar de las complicaciones. Mi mejor amigo de entonces, con quien habíamos levantado una casa para irnos a vivir juntos, de pronto se iba de viaje por un año y dejaba a su hermano ocupando su lugar, un tipo que hablaba poco, de esos que nunca sabés si había dormido mal o si estaba descalzo cuando pisó la vomitada del gato. Con el tiempo aprendí a entenderlo o a aguantarlo pero para entonces ya no vivíamos juntos.

Era una casa fría, con el baño al otro lado del patio. A mi habitación se entraba por la ventana así que era importante hacer todo lo que tuviera que hacer antes de meterme en la cama: una vez abajo de las mantas, todas mis salidas estaban bloqueadas hasta el día siguiente.

Me acuerdo que por esa casa pasaba de vez en cuando mi exnovia para recordarme lo mal que yo había hecho al dejarla y pasaba también mi viejo para hacerme notar que era imposible llevar una vida tranquila y, mucho menos, ser feliz. Un viernes a la noche salí al pasillo para que me juntaran los vecinos: estaba seguro de que me iba a morir, aunque no sabía de qué precisamente, quizá de algo relativo a la respiración (con el tiempo, mi férrea hipocondría que ahora empezaba a imponerse encontraría enfermedades debidamente tipificadas para esa y otras afecciones). No me morí esa vez, como ustedes podrán observar. Pero desde esa casa en adelante, siempre viví en pasillos y todavía hay veces en que salgo a sacar la basura y no sé si voy a volver.

Hasta ahí la parte oscura del asunto y, posiblemente, la más interesante.

Porque esa también fue la casa donde decidí quemar todo lo que había escrito hasta ese momento y empezar otra vez; porque si mi

vida se caía literalmente a pedazos, era la literatura lo único que podía mantenerla junta, pero era el momento de un nuevo comienzo.

Escribo a conciencia desde los 15 años. A conciencia significa que desde los 15 años no hay ninguna otra cosa que me importe aparte de ser un escritor.

Allá por mediados de los 90, con los recursos que tenía a mi alcance, agoté todas las instancias que creía necesarias para convertirme en uno, en un escritor: devoré decenas de libros, frecuenté al escritor de mi barrio, abominé de mis contemporáneos. «Me di una vida mistonga y sensiblera» como dice «Pucherito de gallina», un tango que habla de la gloria de un joven de veinte años.

Durante ese tiempo me hice la rutina, que aún hoy sostengo, de escribir por lo menos dos horas al día, así que imaginen ustedes las toneladas de basura que se acumularon. No importaba: toda esa época en que no hice otra cosa que conocer mi vocación, me estaba preparando sin saberlo para los tiempos oscuros que vendrían más adelante. Porque no es hasta el gran golpe, si alguna vez llega, que alguien que se ha preparado durante años tiene por fin la posibilidad de demostrar la madera de la que está hecho. La pregunta es qué hacer hasta que eso ocurre.

El otro día escuché que un joven actor le preguntó una vez a Marlon Brando en una entrevista pública:

—¿Cómo me convierto en un gran actor? (—*How would I become a great actor?*)

A lo que Brando respondió:

—*Stickaround.*

La respuesta de Brando, en su traducción pelada, directa, significa algo así como «quedate cerca» o «persistí» o, incluso, aunque más bien por la negativa, «bancate la que venga». Para este momento, mediados de los setenta, Brando ya era uno de los actores fundamentales del siglo y podía responder con una pincelada de genialidad a una pregunta tan extravagante como esa.

No hay que olvidar, sin embargo, que en la raíz de esa frase verbal encontramos la palabra *stick* («pegar»), de la que se deriva, por ejemplo, el adjetivo *sticky* (ustedes recordarán el gran disco de los Stones,

Stickyfingers, *Dedos pegajosos*, de 1971) o la palabra *sticker*, «calcomanía» en castellano.

Creo entonces que una buena traducción para el *stickaround* de Brando, al menos para mis propósitos, sería entonces «mantenete unido». O, en todo caso, «mantenete unido en torno (a algo)». Y no hace falta decir que, en mi caso, fue la literatura lo que me mantuvo unido todo ese tiempo del que les hablo y muchas otras veces, en los períodos más duros.

Hoy estamos acá para conversar del arte de escribir, de los inicios y, sobre todo, de los obstáculos que un chico o una chica con deseos de convertirse en escritor puede encontrar a su paso. El primero de esos obstáculos, y uno de los más difíciles de sortear, es este que mencionamos: saberse escritor sin ser uno todavía. Hay modos de empezar a modelar este deseo y bajar los niveles de ansiedad, y seguro hoy repasaremos algunos de ellos. Pero quiero decir, en atención a la enorme mayoría de ustedes a los que seguramente, y legítimamente, le importa un pepino la literatura, que en este punto escribir significa lo mismo cualquier otro trabajo, el de soldar en altura, por ejemplo, o el de instalar equipos de aire acondicionado, siempre que eso pueda juntar tus pedazos.

La casa de mi período oscuro quedaba en Saavedra al 2500, entre Rioja y Tucumán. No sé dónde los encontrará a ustedes el gran golpe, si es que, a esta altura, no los alcanzó. Cuando eso suceda, no desesperen, o intenten no desesperar. Y, llegado el caso, no lo olviden:

—*Stick around, girls. Stick around, boys.*

Pausa,

25 de junio de 2013.

ÍNDICE

- 5 **PRÓLOGO: UN PASEO POR ÁVALON**
— MERCEDES BISORDI
- 8 **CLUB** — SANTIAGO VENTURINI
- 11 **WILLIAMS** — CECILIA MOSCOVICH
- 15 **VARIACIONES A PROPÓSITO**
— ESTANISLAO GIMÉNEZ CORTE
- 17 **LAS SEPARACIONES Y LOS FANTASMAS**
— ANALÍA GIORDANINO
- 19 **MARTITA** — MARI HECHIM
- 22 **EL TERRAPLÉN** — MARIANO PAGÉS
- 25 **DOMINGO 1º DE FEBRERO**
— FERNANDO CALLERO
- 27 **IMAGINATE** — LARISA CUMIN
- 29 **LA CASA DE MI PERÍODO OSCURO**
— FRANCISCO BITAR



UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL

ENRIQUE MAMMARELLA

Rector

LAURA TARABELLA

Decana Facultad de Humanidades y Ciencias